

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion: Higiene, por don A. Pirala.—Leyendas Bíblicas: El triunfo de Israel, por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Aldonza, por doña Angela Grassi.—Poesía, por don Antonio Fernandez Grillo.—El fariseo musulman.—GRABADOS: *El paso del Mar Rojo*.—*Cuello á crochet*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

HIGIENE.



IMPRESCINDIBLE la higiene en la educacion é instruccion, porque es un axioma reconocido que en cuerpo sano no puede haber mente enfermiza, interesa á las niñas y á las madres atender debidamente á este ramo de la enseñanza, uno de los mas importantes sin duda, porque en nada hay mayor interés que en conservar la salud, y la higiene es el arte de ello. Hasta los poderes públicos tienen la obligacion de intervenir en este asunto, é intervienen, aunque no con la extension que seria menester, porque no basta lo que se prescribe en algunos bandos municipales fijando las épocas de ciertas matanzas, sino que á la entrada de cada estacion, como ya se ha propuesto por persona competente, debiera la autoridad publicar ó mandar publicar una instruccion higiénica, clara, sencilla y al alcance de todas las clases, dándose en ella los preceptos mas necesarios para conservar durante la estacion respectiva la salud de los individuos, segun las varias clases y las principales condiciones sociales. Hay paises donde la religion interviene, como sucede en Africa, para proscribir ciertos alimentos allí nocivos.

En cuanto á nosotros ninguna estacion mas á propósito para las reglas higiénicas que la Primavera, en la que suelen ser tan frecuentes las bruscas transiciones.

Siendo la higiene un arte, y de tanto interés para todos, debe aprenderse, y con tanta mas razon cuanto que son fáciles sus reglas, y tenemos que apli-

carlas constantemente, porque no podemos prescindir de conservar la salud, deificada por los griegos y romanos, que la representaban bajo la forma de una jóven coronada de yerbas medicinales, llevando en la mano una copa, en la cual habia una serpiente enroscada. La copa indicaba el preservativo ó el remedio; y la serpiente, símbolo de la prudencia, advertia que la ciencia médica es inútil si no va acompañada de la reflexion.

No nos detendremos á enumerar la importancia de la higiene, porque es bien conocida, y bástenos considerarla como la considera uno de sus principales apóstoles; esto es, como la base de la educacion particular y de la educacion pública.

Los lazos íntimos, las relaciones necesarias que unen al cuerpo con el alma, no permiten pensar en la educacion de la una sin asegurar al otro el desenvolvimiento de sus fuerzas y el empleo razonable de sus facultades. Aunque el alma en sí misma sea bien distinta del cuerpo, y de una naturaleza superior á él, se resiente ordinariamente de cuanto sucede al compañero inseparable de su condicion sobre la tierra: si él sufre ella sufre, si él prospera ella es mas libre.

Las niñas sobre todo, con su organizacion delicada, mas espuestas á diversas incomodidades, experimentan mas la influencia del estado físico sobre las facultades morales; porque en ellas el sistema nervioso es mas irritable que en los niños, y da mayor viveza á su sensibilidad, que es uno de los caracteres de su sexo. Una constitucion enfermiza, ó una indisposicion, aunque sea pasajera, obran desde luego sobre los nervios, que irritan, exacerban su génio, y se agria y enferma.

Debe observarse que la jóven en el período de la adolescencia está precisamente mas espuesta á las desigualdades sucesivas ó simultáneas de salud y de humor. Hacia los diez años sale de la infancia: se pronuncia el crecimiento y ocasiona alguna fatiga: el carácter pierde algo de su espontaneidad para adqui-

2.^a ÉPOCA.

rir algo de inquietud, y al aproximarse los doce años la inquietud y cierto malestar aumentan, porque la juventud que da lugar á estos fenómenos está mas próxima. Cambian al mismo tiempo los rasgos característicos, varia la estatura, y como el trabajo interior del desarrollo físico es mas activo, exige cuidados atentos y siempre nuevos.

Un poco mas allá de esta edad y al fin de la adolescencia, llega el momento crítico de la pubertad; la jóven adquiere nuevas fuerzas, y la sensibilidad y la imaginación vuelan, ó vagan mas bien, confusas, inciertas, y entonces es cuando la madre tiene grandes é imperiosos deberes que cumplir, esmeradísimos cuidados que ejercer, tanto para conservar la salud y dar á la parte física el desenvolvimiento conveniente, como para guiar la parte moral.

La importancia de los cuidados físicos relacionados con la educación moral, se prueba por hechos á cada paso que conduce de la adolescencia á la juventud, y el temperamento no se forma sin que el trabajo de esta formación influya sobre las facultades de la jóven, sus cualidades y sus defectos. Así que, independientemente del interés natural é instintivo que la madre toma por la salud de sus hijas, y que la conduce á buscar á investigar los medios mas seguros de conservarla, debe tener presente que estos medios serán una excelente preparación y un poderoso recurso para la educación moral.

Como nada es indiferente para la higiene, desde la limpieza, que es la base de toda higiene, hasta los alimentos, los ejercicios, el descanso, los vestidos, las habitaciones, todo cuanto tiene relación con la vida es atendible, porque la tiene con la salud, y sin esta la vida es bien poca cosa. Sin salud no hay belleza, y si tanto importa esta á la mujer, que no descuide la higiene, que es su base, y produce además infinitos bienes, que no se saben estimar en todo su valor hasta que se ven perdidos.

A. PIRALA.



LEYENDAS BÍBLICAS.

EL TRIUNFO DE ISRAEL.

Aun no había transcurrido siglo y medio desde la muerte de José, y ya la raza de Israel, aunque oprimida y diezmada por los egipcios, habíase multiplicado de modo que las familias hebreas contábanse por millares en el Egipto; pero se hallaban lejos de la tierra de Promisión, y bajo el yugo de la servidumbre. Sus ánimos decaían al ver que las generaciones sucedíanse unas á otras, sin que las últimas alcanzaran mejor suerte que las primeras. En esta deplorable situación se hallaban, cuando el Señor, que nunca olvida sus promesas, enviéles un libertador en la persona de Moisés, cuya misión extraordinaria y divina, reconocen las naciones mas ilustradas, y reconocerán las generaciones venideras, porque la verdad es el patrimonio de los siglos.

Ardua era la empresa que Moisés tomó á su cargo. Tenía que luchar contra la ignorancia y rebeldía de los unos, y el orgullo, codicia y mala fé de los otros. Pero el Señor estaba con él, y para Dios nada es difícil. El hombre todo lo puede, cuando el Señor le ayuda.

Asocióse Moisés á su hermano Aaron, y entre ambos consiguieron reanimar el abatido espíritu de sus hermanos; hecho lo cual, presentáronse los dos al nuevo Pharaon, sucesor de Amenophis, y le dijeron:

—El Dios de Israel nos manda partir al desierto con todos sus hijos, y que por tres días le ofrezcamos sacrificios.

—¿Y quién es el Dios de Israel para que yo le obedezca? preguntó el soberbio Pharaon.

—El Dios que puede hacer que venga sobre nosotros la guerra, la peste y otras plagas, si no le obedecemos, repuso Aaron.

—Pues yo no le obedeceré, dijo el tirano con arrogancia: desde ahora os digo que no partireis, y que vuestra obligación es no distraer al pueblo de la suya.

—Nuestra obligación y la de todos, repuso Moisés, es cumplir la voluntad de nuestro Dios.

—Pues yo sabré hacer que se cumpla la mía, exclamó el orgulloso Monarca, y en su consecuencia, ordenó que no se diese combustible á los hebreos para cocer las tejas y ladrillos, que bajo duras penas se hallaban obligados á fabricar, sin que por eso rebajara uno solo del número que les habían señalado.

Quejáronse amargamente los obreros, pero sus reclamaciones fueron vanas. La prueba de que os sobra el tiempo, respondían los esactores, es que de-

cís: Vamos al desierto á ofrecer sacrificios. Id, pues, á trabajar ó sereis azotados.

Afligióse Moisés al oír que los israelitas le decían. —«Por causa tuya nos vemos ahora doblemente oprimidos.» Pero el Señor le confortó diciendo: «Yo arrancaré á mi Pueblo de la tierra egipcia, y Pharaon quedará sometido á la fuerza de mi brazo.»

Contó Moisés estas cosas á los hijos de Israel, mas ellos no se aquietaron, porque sufrían horribilmente, y la desgracia suele hacer á los hombres desconfiados en demasía.

Mas Aaron y Moisés volvieron á la presencia del Rey y renovaron la demanda, que obtuvo igual negativa; entonces, Aaron arrojó la vara de Moisés encima del pavimento, y quedó instantáneamente convertida en escamoso reptil.

Pharaon apeló á los recursos de la vana ciencia: ordenó á sus Magos que obráran igual prodigio, y quiso Dios que lo hicieran, para confundirlos, puesto que la serpiente de Aaron devoró á las suyas, con asombro de los circunstantes. Mas el Rey no se dió por vencido.

A la mañana siguiente salió al baño. Moisés le aguardaba en las orillas del Nilo; allí repitió la súplica, y viendo al Rey dispuesto á negarla: —Si resistes á la voz del Señor nuestro Dios, le dijo, yo tenderé mi vara sobre las ondas, y estas se convertirán en sangre, los peces morirán, y cuantas personas beban de esas aguas perderán la salud.

Hizo el Monarca un gesto desdeñoso, y Moisés tendió su vara, como habia dicho, acción que produjo el efecto milagroso que habia pronosticado. Los adivinos de Pharaon hicieron milagros aparentes, y el Rey negóse á reconocer la superioridad del profeta.

Mas no tardó en recibir el castigo, porque diez plagas aflijeron sucesivamente á su reino, pagando este las crueldades que habia ejercido con los hebreos.

Multitud de ranas y reptiles inmundos salieron

del cenagoso fondo de las aguas para estenderse por las tierras y poblaciones, respetando las de Gesen, habitadas por los israelitas, que, de todas las plagas se libraron por la misericordia de su Dios. Diríase que así quiso manifestar la diferencia que hará en su día entre los malos y los buenos.

Conmovióse Pharaon á vista del castigo, y prometió á Moisés que dejaría partir á los hebreos en cuanto cesase aquella plaga: esta cesó á ruego de Moisés, y Pharaon, repuesto del susto, negóse á cumplir su palabra.

Hirió entonces Aaron el polvo de la tierra, y apenas le tocó la vara de Moisés alzóronse multitud de cínifes ó mosquitos, que fueron á estenderse por todas las regiones del Egipto, causando grave molestia á sus moradores.

Nada pudieron hacer ya los Magos de Pharaon: sus artes venían del que poderoso para el mal es impotente para remediarle. ¡Aquí está el dedo de Dios! exclamaron, y Pharaon, que habia creído en sus mentiras, no los creyó cuando dijeron la verdad.

Vino la cuarta plaga, el aire se llenó de

moscas nocivas, cuyas picaduras atormentaban á los hombres y los ganados.

Entonces Pharaon dijo á Moisés. —¿Por qué no habeis de celebrar aquí vuestros sacrificios?

—Porque tus súbditos nos apedrearían si nos vieran inmolar á las bestias que ellos adoran, repuso el enviado de Dios. En efecto, los egipcios en su ciega idolatría divinizaban á los astros, á los ríos, y hasta á los animales mas viles.

Endurecióse Pharaon, y vino la quinta plaga; los ganados sufrieron una epizootia que destruyó numerosos rebaños, y como esto no bastase á vencer la obstinación de los egipcios, la peste invadió sus hogares, y los moradores se cubrieron de asquerosas llagas. Vino despues la sesta plaga, desencadenáronse los vientos, el trueno retumbó en el espacio, el rayo hendió las nubes, y el pedrisco mas grueso y ge-



El paso del Mar Rojo.

neral que se vió nunca, destruyó cuanto halló vivo en el campo; aves, ganados y vegetales cayeron á impulso de su violencia; solo aquellos súbditos de Pharaon que oyeron el anuncio del Profeta y temieron la palabra del Señor, libraron sus rebaños, recogiendo-se con ellos al abrigo de sus casas; pero los que despreciaron el aviso, perdieron sus reses, como perderán sus almas los que oyen la palabra de Dios y no quieren aprovecharla.

Vencido por el espanto, Pharaon exclamó entonces:—He pecado, el Señor es justo, yo y mi pueblo somos impíos. Rogad para que cesen los truenos y el granizo y os dejaré partir.

Salió al campo Moisés, alzó sus manos al cielo, y la tempestad disipóse, sin que una gota de lluvia cayera sobre la tierra. Pharaon, ingrato al beneficio, negóse á cumplir su palabra, y mil nubes de langosta cubrieron la superficie de la tierra egipcia: todo retoño fué pasto de su voracidad.

—¿Hasta cuando, decían los súbditos de Pharaon, sufriremos que duren estos escándalos? Deja, oh Rey, que partan esos hombres, ó pereceremos todos.

Consentía el Rey en que partieran los hombres nada mas.—Irémos con nuestros hijos, mujeres y ganados, decía Moisés; nos darás hostias y holocaustos para el sacrificio. Esta es una solemnidad prescrita por el Señor, y su ley nos comprende á todos.

—Así sea el Señor con vosotros, como yo consentiré en que os lleveis los niños, mujeres y ganados, dijo Pharaon en tono de burla, y despidiendo á Moisés.

Al poco tiempo, condensáronse las nieblas hasta el punto de hacerse palpables; la humedad impedía que ardiese la luz artificial; las nubes interceptaban la del sol, y en tres dias ningun egipcio vió á su hermano, sino tinieblas y espectros espantosos.

Pasados aquellos dias, Pharaon apresuróse á llamar á los jefes hebreos, y díjoles: —He pecado aun esta vez contra Dios y contra vosotros: partid, lleváos á los niños y mujeres, y queden aquí los ganados solamente.

—Ni una sola pezuña os dejaremos, respondió el Profeta, cuya firmeza irritó el orgullo del codicioso. «Retírate de mi presencia, le dijo, guárdate de ver mi rostro, pues en cualquier hora ó lugar que comparecieres ante mí, morirás.»

—Sea como tú dices, repuso Moisés: huiré de tu presencia, pero noche llegará en que me llames, y esa noche será de luto para todo el Egipto. Pasará el ángel exterminador, y todo primogénito caerá bajo el filo de su espada invisible; desde tu hijo, hasta el de la mas ínfima esclava, no quedarán libres, ni los de las bestias; pero entre los hijos de Israel no habrá madre que llore á su hijo muerto, ni perro que chiste. Entonces tus propios súbditos se postra-

rán á mis piés y diránme: —Sal con el pueblo que te ha sido confiado, y saldremos, dijo, y retiróse indignado.

La luna de Marzo brillaba en su cuarto creciente. El Señor había dicho á Moisés: —Este mes será para vosotros el primero «entre los meses.» Acercábase la fiesta de los azimos. Fiesta solemne y misteriosa: en ella cada jefe ó cabeza de familia inmolaba un cordero sin mancha, figura del que vino despues á lavar las del mundo, y cuya sangre redime al hombre del cautiverio de la culpa. Le inmolaban en la tarde, y sin quebrantarle hueso alguno: para comer su carne debían prepararse con ayunos y comían los panes azimos con yerbas amargas, señal de dolor y penitencia; todo profano estaba excluido del banquete, y este se celebraba de pié con el calzado puesto, y el báculo en mano, como en señal de peregrinacion á la patria verdadera.

El dia veinte y uno se inmoló el cordero Pascual, y con su sangre marcaron los hebreos los postigos y el umbral de sus casas, en las cuales por la noche celebraron la cena, y ninguno salió fuera de la suya, ó de aquella donde le habían convidado.

Llegó la media noche, y el ángel pasó hiriendo de muerte á los primogénitos de los egipcios, y á los de los animales; pero pasó de largo, sin tocar á las puertas selladas con la sangre del cordero.

En todas las demas casas se oían lamentos, desde el palacio de Pharaon hasta el último tugurio. El Rey, despavorido, levantóse diciendo: Vengan Moisés y Aaron; acudieron éstos, y el Rey les dijo: —«Partid sin demora, lleváos todo lo que pedís, y al partir bendecidme.»

Los egipcios apresuraban la partida entregando á los hebreos cuanto necesitaban ó pedían: víveres, armas, ropas y alhajas, todo lo ponían á su disposición.

Partieron de la tierra de Gesen al pié de seiscientos mil hombres, sin contar los niños; llevaban consigo las cenizas de José, y seguía innumerable turba de gentes que se habían convertido á su Dios. Guiábales una nube resplandeciente que ni de dia ni de noche se apartaba un punto de su vista.

Hallábanse acampados á la orilla del Mar Bermejo, cuando Pharaon, aguijado por la codicia, y pesoso de haber dejado escapar la presa, corrió en su busca, y llegó á verla de lejos: seguíanle sus carros y máquinas de guerra, sus capitanes, sus infantes y caballos.

Temblaron á su vista los hebreos, y su fé desmayó; mas no fué así la de Moisés, que tendiendo su vara sobre las olas, estas se dividieron para franquearles el paso. El viento sopló con violencia y secó el fondo de manera que todos caminaron á pié enjuto por entre dos erguidas montañas de apiñadas olas.

¡Ciega mucho la soberbia! quiso Pharaon perseguirlos, hollando aquella vía milagrosa con sus carros, sus infantes y caballos, y cuando se hallaban dentro, agitáronse las olas, desplomáronse con horrisono fragor, y caballos y caballeros quedaron sepultados en el mar para escarmiento de los tiranos y opresores.

Entonces, Moisés y los suyos entonaron el cántico de la victoria, glorificando al Señor que los había salvado milagrosamente.

Así quiso el Eterno mostrar que no hay humano poderío que baste á resistir la fuerza de su brazo: que solo caminando bajo su guía y protección arribarían los hombres al puerto de la felicidad porque suspiran, y entonarían allí el verdadero cántico de gloria entre los justos, que forman el verdadero, escogido y triunfante Pueblo de Israel.

MICAELA DE SILVA.

LABORES.

El lindísimo *cueño* marineró ejecutado á *crochet* que representa el grabado, es una de esas labores que por su utilidad no habrá señora que sabiendo hacer esta clase de labores, no tenga deseo de reproducirle: su dibujo es de conchitas, ó cuadros calados, el mas sencillo de todos, que como saben nuestras lectoras, se obtiene haciendo festones enganchados unos en el centro de otros, y cubiertos luego con otra vuelta de puntos dobles.

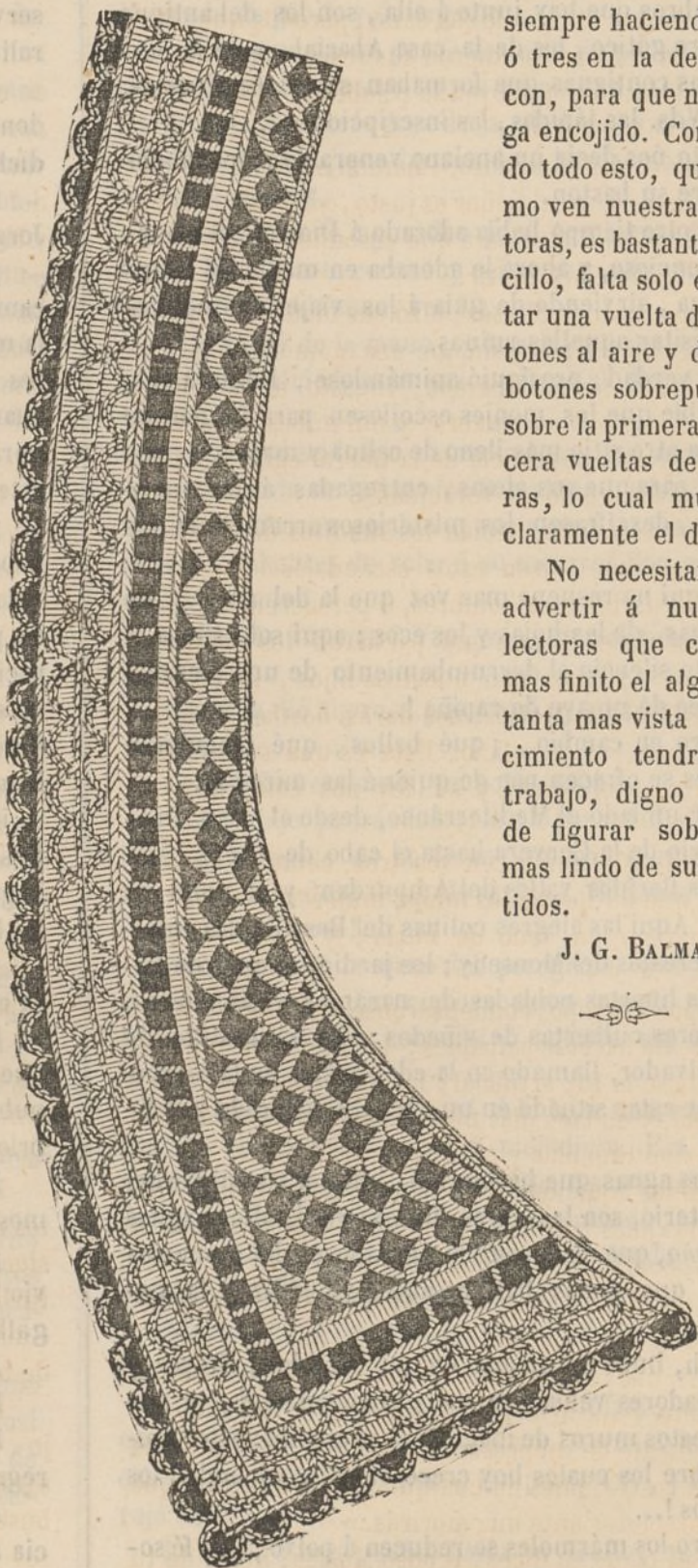
Débase ante todo elegir un patron de *cueño* marineró, de las dimensiones que se desee, y despues hacer una cadeneta del tamaño del escote, y sobre ella una presilla de siete puntos de cadeneta, y uno doble en el quinto del anterior, y se cubre esta presilla de puntos dobles, lo que hace tomar ancho al feston. Vúelvese la labor, y contrariando las presillas, se hacen dos ondas; se cubren de puntos dobles; se vuelve la labor y se hacen tres ondas siempre contrariadas, y así se ejecutan seis órdenes de ondas que rellenan el ángulo del *cueño*: se ejecuta lo mismo en la otra esquina, y despues se hacen dos vueltas, que ocupan de un extremo á otro del *cueño*, y son las dos que se muestran en el centro: hecha esta labor, que es la del fondo, se trabaja todo alrededor (menos en la parte del escote), creciendo en los ángulos para que siente bien, y se ejecuta

una vuelta toda de puntos dobles, una vuelta calada que se obtiene con *tres puntos sencillos y una barra* en el tercero de la vuelta anterior, otra vuelta de puntos dobles, y cuatro vueltas de barras unidas las

unas á las otras, y siempre haciendo dos ó tres en la del rincón, para que no salga encojido. Concluido todo esto, que como ven nuestras lectoras, es bastante sencillo, falta solo ejecutar una vuelta de festones al aire y dos de botones sobrepuestos sobre la primera y tercera vueltas de barras, lo cual muestra claramente el dibujo.

No necesitaremos advertir á nuestras lectoras que cuanto mas finito el algodón, tanta mas vista y lucimiento tendrá su trabajo, digno luego de figurar sobre el mas lindo de sus vestidos.

J. G. BALMASEDA.



Cuello á crochet.

ALDONZA.

—Estas son las ruinas del célebre monasterio de Benitos, llamado *San Pedro de la Roda*, cuya fun-

dacion se crée debida á Carlomagno, cuando vino persiguiendo á los moros hasta las asperezas de nuestra Cataluña. ¡ Vean Vds. las truncadas columnatas, los derrumbados chapiteles de su iglesia, que era toda de piedra sillar y magnífica arquitectura! Los escombros que hay junto á ella, son los del antiguo claustro gótico, los de la casa Abacial, y de las once casas contiguas que formaban sus dependencias. Vean Vds. las lápidas, las inscripciones!...

Esto nos decia un anciano venerable, apoyándose sobre su baston.

En otro tiempo habia adorado á Dios en el claustro silencioso, y ahora le adoraba en medio de la naturaleza, sirviendo de guia á los viajeros que desean visitar aquellas ruinas.

En verdad, prosiguió animándose, hubiera sido imposible que los monjes escojiesen para fundar su Cartuja otro sitio mas lleno de calma y majestad, mas propio para que sus almas, entregadas á un suave éxtasis, descifrasen los misteriosos arcanos de los cielos.

¡Aquí no resuena mas voz que la del aura y de las aguas, de las hojas y los ecos; aquí solo turba el augusto silencio el derrumbamiento de una piedra ó el aleteo de un ave de rapiña!...

Pero en cambio, ¡qué bellos, qué magníficos paisajes se ofrecen por do quier á las miradas!

Por un lado el Mediterráneo, desde el gran Promontorio de la Cervera hasta el cabo de Creus, por otro los floridos valles del Ampurdan y el golfo de Rosas. Aquí las alegres colinas del Besalú, las empinadas crestas del Monseny; los jardines llenos de flores, las huertas pobladas de naranjos y limoneros, las laderas cubiertas de viñedos; allá el castillo de San Salvador, llamado en la edad media de la Verdería, por estar situado en un vergel espléndido y delicioso!

Esas aguas que brotan allí, junto á las ruinas del monasterio, son las claras, frescas y cristalinas aguas del Caño, que hallaron los fundadores del monasterio, y que jamás han cesado de fertilizar la comarca.

¡Ah, hubo un tiempo en que Condes, Reyes y Emperadores venian en peregrinacion aquí, y cubrian estos muros de magníficos presentes; estos muros sobre los cuales hoy crece el musgo y anidan los insectos!...

Pero los mármoles se reducen á polvo, y la fé sobrevive: se derrumban los gigantescos edificios, y queda incólume el recuerdo de las acciones piadosas!...

¡Ven Vds. aquel arco que se eleva junto al Caño, y sobre el cual está dormitando una cigüeña?

Pues aquel arco fué la entrada de una casa, allá en los remotos tiempos, y en ella habitó una mujer heroica, de quién sin duda no hablará la historia, pe-

ro cuyo nombre repetirán eternamente los ecos de de estos montes.

Corria el año 986 cuando sucedió lo que voy á referir.

Esa casa entonces no era ni cabaña ni castillo, y servia de albergue á un anciano, ciego, sordo y paralítico, y á una niña tan bella como los ángeles.

Y Angel hubiera debido llamarse en vez de Aldonza, porque era la providencia de todos los desdichados.

Se habia casado con un jóven cazador, llamado Jorge: tenia un niño de pocos meses.

¡Oh, cuán dichosa era Aldonza cuando entre la cama de su viejo padre y la cunita de su hijo ponía la mesa de pino, sobre la cual humeaban los manjares preparados por sus manos! ¡Oh, cuán feliz era cuando su esposo fijaba en ella una mirada de ternura, cuando su niño sonreía, cuando el anciano estendía su trémula mano para bendecirla!

¡Trinidad de amor! santa trinidad, que iluminaba su existencia con purísimos reflejos!

Aldonza y Jorge se levantaban con el alba: él partía para la caza, ella llevaba al cercano prado las impacientes ovejuelas, dejándolas bajo la guarda de un mastin enorme, arrojaba granos de cebada á las gallinitas, cuidaba de que no faltase paja al jumento blanco, sobre el cual montaba los dias de fiesta, para ir á vender al castillo de la Verderia tarros de fresca leche y queso delicioso elaborado por ella, y llegaba la noche sin haber sentido el transcurso de las horas.

¡Dichosa vida, deliciosa vida la del que solo piensa en el bien ajeno!

Una tarde, desde la única ventana de su casa que daba sobre el Caño, vió venir á lo lejos, entre nubes de polvo, muchos guerreros montados sobre briosos alazanes.

Los precedia una mujer, de sorprendente hermosura, y á su lado cabalgaba un apuesto caballero.

¡Cuán hermosa estaba ella con su espléndido atavío! ¡cuán orgullosa debia sentirse, servida por tan gallardos caballeros!

Aldonza era mujer y comprimió un suspiro.

La cabalgata pasó, se perdió á lo lejos...

Entonces la jóven vió aparecer á un anciano peregrino.

Aquel peregrino la perseguia por todas partes hacia algun tiempo; no podia ir al castillo, no podia ir á la iglesia sin encontrarle al paso. ¿Qué podia querer de ella? por qué la perseguia?

Corrió á cerrar precipitadamente la puerta, pero el anciano exclamó: *tengo hambre, tengo frio*, y en vez de cerrarla, la abrió de par en par. ¡Tan buena era! tan buena y compasiva!...

Le cogió de la mano, le condujo cerca del hogar, en donde ardía un buen fuego....

Pero el peregrino no se sentó: echó una rápida mirada á la cama en donde dormía el viejo paralítico, á la cunita en donde dormitaba el niño, y corriendo hácia ella murmuró con ansiedad.

—Por Dios, escúchame! por Dios, atiende á mis razones! Va en ello tu fortuna; la fortuna de muchos y nobles caballeros.

Calla, calla! No me interrumpas! no perdamos en valde un tiempo que es precioso!

Aunque escondida entre estas breñas, sin duda habrás oído decir que Barcelona tuvo un gran Conde, llamado Seniofredo? Habrás oído decir que este buen Conde, este buen padre de sus vasallos, murió desastrosamente sepultado bajo las tapias de un edificio, y como si hubiese presentido su muerte, pocos días antes hizo su testamento. Pero en este testamento había quedado en blanco el nombre del heredero. ¿Por qué?

Los huérfanos súbditos tuvieron que elegir un monarca, y eligieron á Borrell. ¿Has oído hablar de esto, niña?

—Sí! y que el noble Borrell, la noble Aymerudis, su esposa, son dignos de empuñar el cetro!

El anciano hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y si yo te dijese, prosiguió, que Seniofredo tenía heredero, que no le nombró en su testamento, porque no podía nombrarlo? ¿Si yo te dijese, que casado secretamente con Mafalda, su prima, no podía publicar su casamiento hasta que llegasen de Roma las dispensas, que yo había ido en su nombre á solicitar del Papa?

¡Oh, día de horror y eterna desventura! Llegué en el mismo instante de su muerte, en el mismo instante en que la tierna Mafalda sucumbía á su dolor, entregándome el fruto de su union con los documentos que acreditan su derecho al trono!

Yo estaba rodeado de enemigos. No sabían, pero sospechaban el secreto...

No tuve mas tiempo que el de confiar el tierno infante á un anciano pastor de estas comarcas, que el de esconder los preciosos documentos en la concavidad de una peña...

Fuí preso, sepultado en una mazmorra; en una mazmorra horrible, en donde he gemido veinte años!

¡La que acabas de ver pasar es la Condesa de Barcelona! ¡la que contemplabas con tanto embeleso, es Aymerudis!

¿Te gustaria trocar tu vestido burdo por su traje de seda recamado de oro? Te gustaria trocar las flores que adornan tu cabellera por su corona de rubies y diamantes?

—¡Oh, Dios! exclamó la jóven, juntando las manos sobre el pecho y cayendo de rodillas. Adivino, y tiemblo de adivinar! Dios mio, Dios mio!...

—Hija de Seniofredo! Heredera legítima de los

Condes de Barcelona, alza tu noble frente! Hé aquí los documentos que justifican tus derechos!

Y el anciano al decir esto le mostraba un rollo de pergaminos.

—Condesa, Condesa!... exclamó Aldonza embriagada de júbilo y de orgullo.

—El momento no puede ser más propicio, prosiguió el anciano, cuatro Reyes moros han caído sobre Barcelona, apoderándose de la ciudad, y arrojando de ella á Borrell, que ha venido á buscar un refugio en estos montes.

Cien nobles te aguardan para arrebatarte de sus sienes la vacilante corona y ceñir con ella tu frente!... Ven! Aldonza, ven!...

Y la cogió de la mano, y la arrastró consigo!...

Aldonza dió algunos pasos, llegó al dintel de la puerta.

—Pero cómo? dijo deteniéndose, los moros se han apoderado de la heroica Barcelona, y los catalanes se dividen en partidos, encienden la tea de la guerra civil antes de volar á su socorro? Son nobles? son cristianos?

—Qué te importa? Ven, ven, que el tiempo urge!...

Aldonza dió algunos pasos mas, y lanzó un agudo grito.

—Mi niño! exclamó, mi pobre niño!

—A tu hijo podrás labrarle un porvenir dichoso junto al heredero de tu trono; tu padre nunca lo fué; tu esposo debe dejar de serlo!... El Santo Padre romperá tus lazos!...

Aldonza soltó la mano del peregrino. Quedó inmóvil, muda!... Un copioso sudor corría por su frente, un temblor convulsivo agitaba sus miembros....

En aquel instante resonó á lo lejos una voz que cantaba una canción alegre y melodiosa. Era Jorge que volvía. El mastín que guardaba las ovejas, ladró de júbilo, salieron las gallinitas piando, salió el jumento blanco, y el niño despertó sonriendo, y despertó sonriendo el viejo paralítico...

Aldonza cayó de rodillas, se cubrió el rostro con las manos....

Luego se levantó con ademán triunfante, con los ojos resplandecientes de entusiasmo! Arrancó los preciosos documentos de manos del peregrino, y los arrojó en el hogar...

La llama creció, subió hasta el techo, volvió á descender, y una lluvia de ceniza cubrió la piedra y el pavimento.

—Qué has hecho? exclamó el anciano.

—Silencio, por Dios, silencio! Lo que Dios me ha aconsejado: lo que me ha aconsejado mi alma. ¡La hija de Seniofredo ya no existe! El trono está vacante, y Borrell es digno de ocuparlo. Vé y dí á esos nobles que me aguardan, que yo no quiero mas cetro

que el cetro de flores del amor, que yo no quiero mas corona, que la de mis domésticas virtudes!... Díles que guarden su bélico entusiasmo contra los moros; díles que vuelen á la defensa de su pátria, y que si quieren rendir un fiel homenaje á Seniofredo, arranquen de las torres de la ciudad Condal la odiosa media luna!...

Díles, que yo pobre y oscura mujer, les doy el ejemplo, y que deben callar los ódios mezquinos, los mezquinos intereses cuando el honor peligra!...

Jorge entró en aquel momento.

—Qué has quemado aquí? preguntó á Aldonza.

—¡Banderas de moros que amenazaban destruir la pátria! exclamó la heroica jóven.

Buscó con los ojos al peregrino, el peregrino habia desaparecido.

Pero su sacrificio no fué infructuoso: los nobles que iban á declararse en rebelion, unieron sus pendones á los pendones de Borrell, y aquellas huestes invencibles, bajando de los montes que cercan á Barcelona, entraron triunfantes en la ciudad, despues de una memorable batalla: batalla en que segun afirman las crónicas piadosas, el mismo San Jorge vino en auxilio de los cristianos, peleando como el Apóstol Santiago, entre las nubes!

ANGELA GRASSI.

Á UN AMIGO.

En la muerte de su niño.

La vida es el morir, la vida humana

Es la oscura ribera del desierto;

La vida es el rumor de una campana

Que toca á muerto.

La vida es el morir, es el ocaso

De un sol que entre tormentas se derrumba;

La vida es una lágrima, es un paso

De la cuna á la tumba.

El mundo rueda en su estension perdida,

Y nunca el hombre sobre el mundo advierte,

Que el mundo es ¡ay! la cárcel de la vida

Donde llora la muerte.

Nace una flor en el vergel sombrío,

Vive un momento, de placer palpita,

Y al llorar con las perlas del rocío

Deshójase marchita.

Nace un niño; la madre en su cariño

Besos arranca de su frente pura;

Y el lecho blando donde duerme el niño,

Se cambia en sepultura.

Pierde la flor sus cándidos colores,

El niño espira com amor profundo,

Porque los niños y las tiernas flores

No nacen para el mundo.

Los besa el sol que en los espacios arde,

Los llama el cielo en dulce melodía;

Y por eso la flor vive una tarde

Y los niños un dia.

Borra el suspiro que gimiendo exhalas,

Rompe, amigo, tu amargo desconsuelo,

¡Feliz el ángel que elevó sus alas

Desde la tierra al cielo!

La vida es el morir, es el ocaso,

De un sol que entre tormentas se derrumba,

¡Feliz el niño que al nacer da un paso

De la cuna á la tumba!!

ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.

EL FARISEO MUSULMAN.

Yo me acuerdo, dice Saadí, que desde niño fui muy religioso; me levantaba por la noche á rezar mis devociones, y observaba escrupulosamente los ayunos, abstinencias y vigiliass. Una noche hallábame sentado junto á mi padre, que leia en alta voz el santo libro; escuchábale sin pestañear, mientras los demas de la casa dormian á su placer. ¡Qué vergüenza! dije yo á mi padre, despues que concluyó la lectura, ninguno se ha levantado á escuchar la voz del Profeta; mis hermanos duermen como si estuvieran muertos, en vez de seguir el ejemplo que les doi!

—Por la vida de tu padre! me respondió, que mas te valiera dormir que tener los ojos abiertos para escudriñar las faltas de tus hermanos, y la lengua empleada en alabar tus virtudes.

Los que se admiran á sí propios, y acusan á los demás, tienen los ojos velados por la fatuidad; si escudriñáran su conciencia y vieran sus defectos tan á las claras como los vé Dios, en ninguno descubririan mas orgullo y miseria que en sí mismos.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.